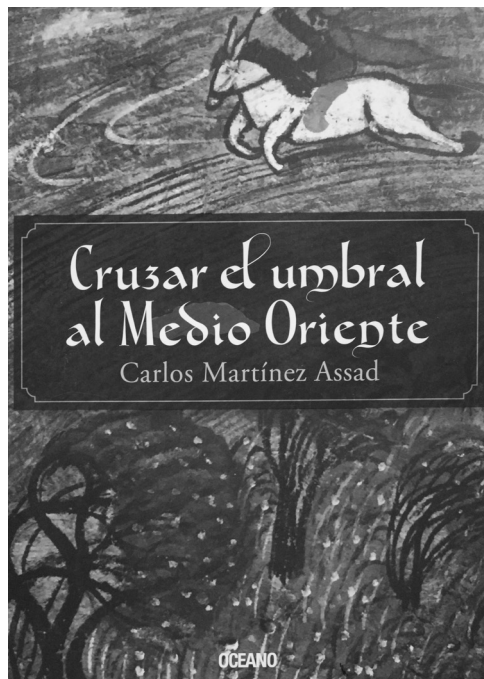


Cruzar el umbral del Medio Oriente, de Carlos Martínez Assad, Océano, México, 2018

Luis Alfonso Ramírez Carrillo



Creo justo decir que son pocos los libros académicos que se puedan leer de pasta a pasta y se disfruten como si se leyera una entretenida literatura. Entre ensayo histórico y crítica literaria, entre memorias de la tribu y memorioso recordatorio de esa trayectoria religiosa que nos explica todo y a todos, pero que insistimos en olvidar.

Este es uno de ellos. No solo porque su contenido temático es, de tan extenso y prolijo, un menú de temas en que el lector siempre encontrará algo que lo apasione, sino porque el estilo es ameno y la reflexión aguda y divertida. Es además un libro que pone el acento en una serie de problemas de amplia actualidad. Problemas sociales y políticos, pero sobre todo problemas humanos que nos atañen, que llaman a la conciencia y a la humanidad de todos nosotros de una manera profunda.

El libro está ampliamente seccionado y consta de 280 páginas divididas en cuatro partes, con 15 capítulos, y 49 subcapítulos o acápite. Como vemos, es de una extensión media, pero lo que tiene de placentero su lectura tiene de complicado su presentación crítica, porque cada una de las 49 partes es un tema diferente. A cual más apasionante, divertido o informativo, por lo que uno no quisiera dejar de lado ni uno solo de los temas trata-



dos. Por darles solo una idea, y siguiendo el orden que nos propone el autor, la primera de las cuatro partes se denomina "Viajeros en la Tierra Santa". Comienza, porqué no, la amplitud de miras siempre ha sido una característica del Dr. Martínez Assad ni más ni menos que con la Biblia, con el primer libro del Pentateuco, y apenas en la línea cuatro de su libro nos aposta una bella frase del apóstol Juan, uno de los cuatro evangelistas: "Daría a luz un hijo".

El libro arranca con el Génesis y de allí al nacimiento de Jesús. Tomando a Jerusalén y alrededores como el centro del largo peregrinar de miles, quizás millones de personas de toda la cristiandad a lo largo de dos mil años. En esta parte se comentan las circunstancias y se ofrece la voz de una serie de viajeros ilustres en torno a lo que durante veinte siglos ha sido una obsesión, una ilusión o una obligación: conocer el sepulcro de Jesús y los santos lugares. Aunque ahora se haya vuelto un simple ritual de consumo turístico para muchos, el libro nos hace recordar que hasta hace muy poco tiempo el viaje adquiría connotaciones de fe, de alivio y de misticismo, que implicaba muchas más cosas de las que se hacen ahora, que es ir como parte de un *tour* turístico para tomarse una selfi para mostrar en el

Facebook y provocar la envidia de las amigas y en especial de las enemigas.

En esta primera parte, a la que podemos considerar de viajeros ilustres, el autor comienza recordando la tradición del viaje entre los árabes y cómo el relato de estos viajes resultó un género destacado en el desarrollo de la cultura y la literatura árabes. Y, por supuesto, en la popularización del propio árabe como lengua escrita. Después nos lleva a pasear de la mano con los primeros cruzados que querían recuperar los santos lugares, y con la campaña de Egipto de Napoleón Bonaparte, considerado el primer orientalista. Al menos de esa importancia, claro (quién puede competir con Napoleón). A partir de entonces, en el siglo XVIII, el Levante, en especial Egipto con sus ruinas, y la Tierra Santa se establecieron como la geografía privilegiada por desentrañar, conocer, descubrir y redescubrir.

Esta geografía levantina atrajo a viajeros tan disímiles como Chateaubriand, Gerard de Nerval, Lamartine, Renan; sin olvidar a otros en el siglo XIX como Herman Melville, Mark Twain, el emperador Pedro II de Brasil y el mexicano José López Portillo y Rojas. El siglo XIX, por supuesto, con la ampliación de las comunicaciones marítimas y la construcción del "Orient Express" en 1883, que por tierra unió

a París con Estambul, atrajo infinidad de viajeros. Nos paseamos por las opiniones del viaje que hicieron juntos Maxime Du Champ y Gustave Flaubert, no siempre muy positivas por cierto, por Egipto y el medio oriente (sabemos que Flaubert hubiera sido incapaz de viajar solo. No por miedo sino por flojera). Hay que decir que solo la imagen mística de Oriente fue capaz de sacar a Flaubert de Francia, y que ese fue el único viaje que hizo en toda su vida, un hombre tan ensimismado que consideraba que viajar era un deporte para tontos que no querían leer, que decía con sarcasmo que odiaba Europa y Francia y que se iría a vivir a Constantinopla si tan solo pudiera comprar una esclava georgiana. Cabe decir que el pobre de Flaubert no pudo comprar ninguna esclava, regreso de Egipto, y nunca volvió a salir de Francia. Claro que para subsanar esto, lleno de orientalismo, escribió *Salambó*...ciertamente no la mejor de sus novelas...

En este texto, por supuesto, no faltan los tres libros de viajes que nos escribió Pierre Loti, un hombre que no solo puso en el centro de la atención de la nueva cultura europea del siglo XIX y principios del XX a Oriente, los árabes y la Tierra Santa, sino que le infundió un nuevo y último impulso al orientalismo romántico y al deci-

monónico, que ya para entonces empezaba a pasar de moda, pero que un escritor como él, tan conocido, popular y leído (sus libros llegaron a tener 50 ediciones), volvió a poner en circulación. Loti rescató la dimensión mística del viaje a Oriente cuando dice frases como:

“iré lejos, a buscar el recuerdo de Cristo en los pueblecitos de Galilea, o por las desiertas orillas del lago Tiberiades donde Él pasó la mayor Parte de su vida...Cristo, el Cristo del Evangelio es, al fin y al cabo, por quién yo he venido aquí; por Él sólo, como los humildes peregrinos....;Getsemaní!... Después de tantos años como yo había soñado que vendría a pasar en él una noche de soledad y recogimiento supremo...así de oración... , y no me atrevo y lo aplazo de día en día, temiendo seriamente no hallar allá, como no he hallado en otras partes, más que el vacío y la muerte...”.

Pero también nos encontramos con mexicanos que emprendieron su viaje entre místico e intelectual al Oriente, como José López Portillo y Rojas (apellido al que no hay que darle mayores explicaciones), que lo hizo en 1871; como premio de niño rico...o sea, por hacer lo que tenía que hacer, es decir, estudiar y graduarse de abogado. Escribió un libro titulado *Egipto y Palestina: Impresiones*



de viaje; o Luis Malanco, que escribió su viaje a Oriente en 1883; o la millonaria Concepción Cabrera de Armida, que emprendió su peregrinación para encontrarse y reconciliarse con su Cristo, en 1906. Acompañada, por supuesto, por el arzobispo de Puebla y dos hijos. Ya en el siglo XX los viajeros son innumerables, pero el autor no resiste la curiosidad de escudriñar viajes, escritos y dichos de algunos de ellos que nos resultan entrañables o interesantes, como Agatha Christie, a quien el Oriente le gustaba como escenario de sus novelas, o Regis Debray, que utilizó Oriente como combustible para sus reflexiones sociológicas.

En fin, que todo este conjunto de multivariadas y dilatadas visiones sobre lo árabe, fue generando lo que desde los siglos XVIII y XIX se conoció como “orientalismo”; al principio, una visión exótica, entre romántica y prejuiciada de lo árabe y lo oriental con la que Occidente construyó una narrativa para explicar, calificar y descalificar el mundo árabe. El orientalismo finalmente se fue transformando en una nueva narrativa, muy distinta a la original, a partir de que, con retraso, el siglo XX se inauguró al terminar la Primera Guerra Mundial y los países árabes fueron ahora escenario de yacimientos petroleros,

guerras y finalmente terrorismo. El orientalismo actual, si es que a alguien se le ocurre todavía seguir utilizando el término para referirse a las naciones de Levante, es un concepto que engloba nociones casi opuestas a las de siglos anteriores, pero con una característica similar: es igualmente prejuiciado y lleno de generalizaciones, falsas ideas e ignorancia sobre la realidad de la sociedad y las culturas árabes contemporáneas.

De la segunda parte solo diré que será particularmente estimada por los lectores, al menos lo ha sido mucho por mí. Habla de muchos autores, como todo el libro, pero uno en particular es interesante: el de la escritura del antiguo Egipto, es decir, de esa gran epopeya intelectual y geográfica con la que Jean Francois Champollion llegó a descifrar los jeroglíficos egipcios y la piedra Rosetta. Hoy se tiene la oportunidad de conocer con detalle el proceso de desciframiento de la escritura egipcia y en especial el uso que hizo Champollion de los miles de dibujos y esbozos hechos por Dominique Denon y Francois Jomard, que Napoleón llevó a Francia después de la campaña de Egipto, junto con la piedra Rosetta, y se pueden observar con detalle las colecciones que se guardan en el edificio de Los Inválidos en París. Quizás por ello, indu-

dablemente este capítulo, esta gran epopeya intelectual que asemeja una novela de misterio, es uno de los más emocionantes del libro.

La tercera parte, denominada La Fuerza de las Palabras, hace un extenso recorrido por las nuevas variaciones del relato oriental y la nueva expresión literaria que ha aparecido en la literatura árabe desde la segunda parte del siglo XX, que corresponde a las nuevas naciones y la reconstrucción de las viejas nacionalidades. Habla de numerosos autores: de los dos únicos musulmanes que han recibido el Nobel, el egipcio Naguib Mahfouz, en 1988, y el turco Orhan Pamuk, en 2006, y del kurdo Yasar Kemal y el albanés Ismaíl Kadaré. No sé si se pueda hablar de la nueva literatura árabe o de las nuevas literaturas en árabe. Me parece que es lo segundo, como tantas nuevas literaturas nacionales que observamos en este siglo, donde se rescatan idiomas literarios con nuevos contenidos. Lo que sí queda claro es que en el siglo XX y lo que va del XXI se han forjado nuevas identidades colectivas y las literaturas son el vehículo privilegiado para expresar sus contenidos y sus tensiones.

Y con las tensiones, llegamos a la cuarta parte, una de las más interesantes y estremecedoras del libro: Palestina e Israel, la Yihad, el terro-

rismo, el islamismo, el antislamismo, ISIS (o Daesh), la invasión de Iraq y ese nuevo umbral que se ha construido para entrar al Medio Oriente: el de la guerra y la violencia. Como bien dice el título de su último capítulo, “El camino de Dios está sembrado de trampas o el mal de nuestro tiempo”. Es decir, el terrorismo. Y nos ofrece también una detallada y clara exposición de cómo surgieron los distintos grupos terroristas, cómo se radicalizaron y, en especial, nos hace un fuerte llamado de atención de que las principales víctimas de los grupos terroristas árabes son las propias sociedades árabes. Nos ofrece un interesante recorrido en torno a las causas del surgimiento de un terrorismo que ha ido mucho más allá del viejo conflicto judío-palestino y nos muestra de manera descarnada cómo se ha ido profundizando el conflicto entre las distintas corrientes islámicas, en especial la Sunii y la Chii. Y por supuesto, la gran responsabilidad de Estados Unidos, gracias a cuyas guerras se abrió la puerta al actual Estado Islámico.

Y del terrorismo y ese permanente estado de guerra en que se ha debatido Medio Oriente desde hace medio siglo, pasamos a conocer la magnitud de las enormes migraciones del mundo árabe hacia todo el resto del



mundo. Como gran parte de esta migración es islámica, y la religión es fundamental en la vida diaria de los musulmanes, incluyendo la necesidad de mezquitas, los problemas y tensiones que ha causado esta migración desde hace varias décadas se han revestido también de tensiones de carácter religioso despertando una enorme oleada de xenofobia en los países receptores de los migrantes musulmanes, que rara vez discrimina sectas y nacionalidades y tienden a identificar al Islam con el terrorismo. Y con estas reflexiones termina el libro.

Pero tenemos hoy un epílogo. De manera muy triste hay que señalar la indudable actualidad de los temas y del mensaje mismo que el autor nos quiere hacer llegar a los lectores. La realidad se ha encargado de mostrar, mejor que nadie, la enorme importancia de entender el problema del Medio Oriente, candente en toda clase de sociedades, incluso las más lejanas. En marzo de 2019 nos enteramos –en tiempo real– de una nueva matanza terrorista en dos mezquitas en Nueva Zelanda. Como si fuera un video juego el asesino mató a 49 personas e hirió a más de 40 que estaban en el suelo orando. ¿Los lectores saben dónde está Christchurch, Nueva Zelanda? casi nadie, pero ahora nunca lo vamos a olvidar. La ironía: se ase-

sinó a migrantes árabes musulmanes que llegaron a ese país huyendo de la guerra y los asesinatos provocados por el terrorismo de otros musulmanes contra ellos y los matan por ser musulmanes.

Esta situación nos muestra una inquietante paradoja: Por un lado, todas las naciones árabes y no árabes perciben una amenaza asociada con el yihadismo y el terrorismo global y la mayor parte de los inmigrantes son también víctimas de este terrorismo, pero suelen mantener una religión islámica y su presencia en los nuevos países va acompañada del islam pues la religión ayuda a confortar el trauma de la inmigración. La tensión real o imaginaria que suele provocar la migración en las sociedades receptoras, se confunde con el credo religioso con el que llegan y el migrante islámico entonces, es identificado imaginariamente como una amenaza terrorista, lo que desata una islamofobia irracional y se ataca de nuevo al migrante por ser religioso. Se victimiza de nuevo a la víctima en una escalada impresionante de ignorancia que lleva a un terrorismo de derecha, y que se transforma en asesinatos colectivos, por individuos que participan en movimientos racistas de supremacía blanca y en un terrorismo ahora de extrema derecha que

se esconde como una batalla cristiana contra el Islam tan reaccionaria, hay que decirlo, como el terrorismo fundamentalista islámico.

Lo irónico de todo esto, es que los atentados dirigidos hacia musulmanes por razones religiosas y en sus lugares de culto, provocan entre otras cosas, una narrativa que le da la razón a los propios yihadistas que se pretende combatir, ya que les da argumentos para convencer a sus fieles de que en efecto, todo se trata de una guerra de oriente contra occidente y del cristianismo contra el islam; es decir, que la guerra santa continúa y que ellos a su vez deben salir a matar cristianos en esos países. Y así vemos como la serpiente del terrorismo se muerde la cola y se alimenta de sí misma.

Esta triste reflexión solo nos muestra la tremenda actualidad del libro que hoy comentamos.